865N92
Om1886

Digitized by the Internet Archive
in 2016 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/marujapoemagaspa00nune

MARUJA.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

MARUJA.

POEMA.

UNDÉCIMA EDICIÓN.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1886.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

865 N92
Om 1886

ADVERTENCIA.

Si la rápida difusión de un libro, debida con frecuencia más que á su valor intrínseco, á los caprichos de la moda, fuese la consagración de su verdadero mérito, motivos sobrados tendría para enorgullecerme con el favor del público que habla en ambos hemisferios la lengua castellana, porque quizás, en lo que va de siglo, ninguna obra española, en menos espacio de tiempo, ha sido reimpresa tantas veces, dentro y fuera de la Península, como la colección de mis Poemas. Prescindiendo de las ediciones de Madrid, cuyo número asciende hasta ahora á ciento tres, algunas de dos mil ejemplares, otras de mil y las menores de quinientos, sólo las publicadas en cuatro Estados de América, desde Enero de 1879 en que inauguré la serie de mis Poemas con *La última lamentación de Lord Byron*, hasta 1885, es decir, en el trascurso de seis años, han alcanzado la extraordinaria cifra que pueden ver mis lectores en el incompleto catálogo siguiente,

formado con los ejemplares que poseo y que á duras penas he adquirido.

EDICIONES DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Última lamentación de Lord Byron, en papel vitela, con una vista de Atenas moderna y otro grabado al fin representando un templo griego. Imprenta de Thompson y Moreau.—Nueva-York, Maiden Lane, 51 y 52.

Última lamentación de Lord Byron y la Visión de Fray Martín, edicion de bolsillo (1881). Imprenta y librería de N. Ponce de León.—Nueva-York, Broadway, 40 y 42.

Poemas de Núñez de Arce. Primera edición (1881). Imprenta de Thompson y Moreau.—Nueva-York.

Poemas de Núñez de Arce. Segunda edición aumentada (1881).—Impresa en la misma Casa.

Poesías completas de Núñez de Arce, con el retrato del autor (1884). En la imprenta de los mismos editores Thompson y Moreau.

Hay además otra edición de mis Obras poéticas completas hecha en Boston, que no me ha sido posible obtener todavía.

Casi todas estas reimpresiones deben de ser numerosas, porque se las encuentra en todas partes, y hasta han invadido nuestras provincias ultramarinas de Cuba y Puerto-Rico.

EDICIONES DE MÉXICO.

Gritos del Combate. Imprenta de «La Colonia española».—Calle de Santa Isabel, México.

Última lamentación de Lord Byron, Un Idilio y una Elegía y La Selva oscura, con prólogo del distinguido escritor D. M. Gutiérrez Nájera, tan lisonjero para mí como inmerecido (1879). Imprenta literaria de J. Mata, calle de la Canoa, 5.

Algunos poemas de Gaspar Núñez de Arce (1880). Imprenta de «El Socialista».—Escalerillas, 11.

La Pesca. Edición de «El Nacional» (1884). Tipografía de Gonzalo A. Esteva.—Segunda calle de la Pila Seca, 4.

La Pesca (1884). Tipografía de J. F. Parres y Compañía.—Primera calle de la Independencia, 9.

EDICIONES DE COLOMBIA.

Poemas de Núñez de Arce, con un prólogo anónimo, lleno de excelente doctrina literaria, debido, si mis noticias son exactas, á la docta pluma del eximio crítico é ilustre poeta americano D. Miguel A. Caro. (1880).—Bogotá, Librería americana.

Poemas de Núñez de Arce (1881). Segunda edición aumentada, impresa, según todas las aparien-

cias, en los Estados-Unidos, aun cuando lleva el pié de imprenta de la Librería americana.—Bogotá.

La Pesca, con grabados y el retrato del autor.—Revista colombiana titulada *El nuevo papel ilustrado*, dirigida por un notable artista, el Sr. Urdaneta.

EDICIONES DE CHILE.

Es tan difícil averiguar cuándo y dónde se publican las reimpresiones americanas, de cuya existencia suelo tener conocimiento solo por casualidad ó por la espontánea diligencia de algunos amigos, residentes en aquellos lejanos países, que ignoro si se habrán hecho otras, á más de las citadas, en el Perú, Venezuela, Buenos-Aires, el Uruguay y demás Estados de la América del Sur.

Hasta ahora, las últimas que he visto son las postreras de Chile, todas correspondientes al año 1884, las cuales, si se considera, por un lado, la exhorbitante cifra á que han ascendido, y por otro, la reducida población de aquella república, no deben de ser muy mumerosas, como no se hayan hecho también, á semejanza de las anglo-americanas, para su introducción y venta en los Estados limítrofes. Los ejemplares que de este país poseo son:

Última lamentación de Lord Byron. (Vigésima edición).—Santiago de Chile, imprenta de la Librería americana, Ahumada, 37.

El Vértigo. (Décimaséptima edición).
Un Idilio y una Elegía. (Undécima edición).
La Selva oscura. (Décima edición).
La Visión de Fray Martín. (Décima edición).
La Pesca. (Tercera edición).

Todas estas obras están reimpresas por la misma casa editorial, Librería americana, en Santiago de Chile.

Resulta, pues, que en el período de seis años, y solo en los Estados-Unidos, México, Colombia y Chile, se han publicado *ochenta y tres ediciones* de mis Poemas, ya en colección, ya sueltos, y no es inverosímil calcular, en vista de estos datos, que pase de ciento el número total de las que se hayan hecho, durante este espacio de tiempo, en las demás repúblicas de América, no comprendidas en mi Catálogo.

No me quejo de este despojo: no es moral, pero es legal. A pesar de que los más distinguidos representantes de las repúblicas hispano-americanas en Europa, suelen ser miembros importantes de la *Asociacion internacional*, fundada en Paris, para la defensa de la propiedad literaria, y de que los jóvenes pueblos del Nuevo-Mundo creen tener más clara noción del derecho y de la justicia que las viejas naciones del antiguo Continente, la verdad es que en ninguna parte está tan menoscabada y desconocida la propiedad intelectual de los extranjeros, salvas honrosísimas y contadas excepciones, como en las repúblicas de origen español. No, ciertamente, en

provecho de sus literaturas particulares, que sufren la competencia de las demás de Europa, y principalmente de la castellana, en condiciones desventajosas para su propio desarrollo, ni en beneficio de la cultura general, que nada perdería con que se amparasen los derechos del autor, sino en pró de unos cuantos editores y empresarios de teatros entregados al merodeo de obras ajenas, á quienes no censuro ni condeno, porque la culpa no es suya, sino de las leyes que autorizan y legitiman semejante expoliación.

Mas ya que reproduzcan á mansalva los libros de España, ¿no podrían cuidar, por lo menos, de que las ediciones se hicieran, no digo con esmero, pero siquiera más fielmente ajustadas á los textos? No sé si otros escritores serán más afortunados que yo; por lo que á mí se refiere puedo afirmar, bajo la fe de hombre honrado, que casi todas las reimpresiones americanas de mis obras están tan plagadas de erratas, tan desordenadas y mal dipuestas, como hechas de batalla y con un fin puramente lucrativo, que da grima verlas. Unos colectores, sin duda para ahorrar papel, han prescindido de mis prólogos y notas explicativas; otros, tal vez para dejar á salvo sus opiniones políticas y religiosas, han suprimido, sin alterar la numeración correlativa de las estrofas á fin de disimular el engaño, aquellas que se avienen mal con su modo de pensar y de sentir, y por último, otros, todavía menos escrupulosos, han publicado

ediciones bajo el pomposo título de *Obras poéticas completas* que, como la estampada en Nueva-York (1884), apenas contienen una mitad de las que he compuesto.

¿Es esto lícito? Enhorabuena que los editores americanos no respeten nuestra propiedad; pero al menos que respeten nuestro pensamiento, y no le mutilen á su antojo.

No creo que sea exigir demasiado.

Diré para concluir, que abrigo la esperanza de que en un plazo más ó menos breve, la razón y la justicia han de abrirse camino en la hermosa región americana, y que los brillantes escritores que en aquellas apartadas repúblicas, cuyo porvenir se presenta tan halagüeño, honran la raza y la lengua de Castilla, han de impulsar á sus respectivos gobiernos para que, separándose de añejas preocupaciones, reconozcan al fin que entre todas las propiedades de la tierra, la más legítima, la más noble, la más pura, si me es permitido emplear esta palabra, es la que surje alada y luminosa del fondo del cerebro humano

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Madrid 26 de Enero de 1886.

MARUJA.

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla
de caudaloso río que dilata
por ancha vega su raudal de plata,
y en medio de la paz franca y sencilla
con que nos brinda la apartada aldea,
risueño albergue, entre el follaje oscuro
de corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia le rodea,
que cierra y guarda como fuerte muro
el cultivado predio, en que derrama
pródigo Dios sus dones paternales.
Allí de los naranjos y perales
cruje y se dobla la robusta rama
bajo el peso del fruto; allí la higuera

crece con vigoroso poderío,
cuelga la hojosa vid en la colina
y el sauce melancólico se inclina
sobre las aguas del profundo río.
Copudos olmos en abierta hilera
le dan templada sombra entrelazando
su verde y abundosa cabellera,
que el viento mueve con susurro blando,
y mientras que la joven primavera
reparte por do quier hojas y flores,
ocultos en los árboles del huerto
ofrecen los esquivos ruisueñores
al alma triste, arrobador concierto.

En el suave declive de una loma
se divisa al través de la espesura,
tan blanco, cual la cándida paloma
que en medio del vergel repliega el ala,
un palacio de esbelta arquitectura.
Por la pared el heliotropo escala
las altas rejas, esparciendo en torno
el aroma purísimo que exhala;
no lejos de la puerta de cristales

que al vestíbulo da, préstanle adorno
rojos tiestos de plantas tropicales,
y cubriendo el dintel la ardiente cepa
por las tejidas cañas y varales
que la sostienen, se retuerce y trepa.
Un grupo escultural, Venus que abraza
á Adonis moribundo, orna la fuente
que se destaca en el jardín ameno:
cáe el claro raudal de taza en taza,
dando frescura al perfumado ambiente,
hasta el ancho pilón, de peces lleno,
y por diversos cauces repartido
sigue su curso caprichoso y vago,
hasta perderse en transparente lago
de pintorescas márgenes ceñido.
Del almo sol el vívido destello,
al traspasar el húmedo follaje
el manso lago á trechos abrillanta,
y airoso cisne de enarcado cuello,
esponjando su nítido plumaje
por las dormidas aguas se adelanta.
—El sosegado albergue, la floresta
que la serena atmósfera perfuma,

los olmos que convidan á la siesta,
el lento río, el lago sin espuma,
todo suspende el ánimo y le encanta,
hasta la leve y azulada bruma
que en las distantes cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos
de la torpe ambición, que al hombre acosa,
en indolente placidez la olvida,
y de sus luchas implacables lejos,
en la quietud del campo deleitosa
deja correr sus horas sin medida,
semejante á la fuente rumorosa
que por el césped se desliza oculta?
¿Será alguna conciencia dolorida
que los rudos engaños de la vida
en calculada oscuridad sepulta?
¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo
vive el amor.
Pero el amor tranquilo,
santo, inefable, emanación del cielo:
no la indócil pasión que se desboca,
que nunca sacia su infecundo anhelo

y envenena y corrompe cuanto toca.
No el ciego ardor que retronando pasa
como por el espacio la tormenta;
no el fuego voracísimo que abrasa,
sino la mansa lumbre que calienta.
¡La lumbre del hogar, siempre bendita!
—Arbol que brevemente se marchita
es la vida mortal. Hoja por hoja,
el huracán del mundo que le agita
de su rico ornamento le despoja,
y cuando seco y sin verdor le deja
la tímida ilusión, que en él habita,
tiende sus blancas alas, y se aleja.
¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto
de recios y continuos aquilones,
vive seguro en escondido huerto,
y hasta que rinde el natural tributo,
crece, sin que el furor de las pasiones,
le arrebate á destiempo hojas y fruto! —
Mas no sólo el pesar ama el misterio;
no sólo el corazón que sufre y gime
romper ansía el fiero cautiverio
con que la torpe multitud le oprime;

porque también en su expansión sublime
la dicha humana, que tan poco dura,
busca en la soledad, olvido y calma,
y es que en sus horas de mayor ventura
tiene tristezas íntimas el alma.

Apartados del fausto cortesano,
viven allí los condes de Viloria
en el reposo, del contento hermano;
que Dios, premiando sus virtudes, quiso
á tanto amor anticipar la gloria
en aquel envidiable paraíso.
¡Cuán ricos de color y cuán veloces
corren para ambos los serenos días,
sin que su paz altere nube alguna!
Arranques de pasión, supremos goces,
recuerdos de placer, tiernas porfías
que el bullicio del mundo no importuna,
llenan el raudo curso de sus horas,
y cien veces, al rayo de la luna,
sus pláticas de amor encantadoras
quiebra de pronto el ardoroso trueco
de ósculos y joviales carcajadas,

que por aquellas verdes enramadas
cansado está de repetir el eco.
No hay en aquel lugar sitio ni ruta
que no guarde en su rústica belleza
cuanto le es dable ambicionar á un hombre
dulcemente querido; cada gruta
un sueño realizado, y la corteza
de cada tronco secular, un nombre.
El de ella, el de él, que en trazos caprichosos
por do quiera que van graban é imprimen,
y que imitando brazos amorosos
se buscan, y se enlazan, y se oprimen.

Mediaba á la sazón el mes de Mayo
con su tibio calor. Atardecía.
El sol poniente con oblicuo rayo
la copa de los árboles hería,
y de sus tintas cárdenas y rojas
el trémulo vislumbre relucía
entre las tenues y movibles hojas.
¡Con qué hermosa tristeza muere el día!
Como en crónico enfermo, que presiente
cercano el fin, la luz de la esperanza

se dilata más viva y más ardiente,
así, á medida que la noche avanza,
es el aroma de la flor más suave,
más sonoro el murmullo de la fuente
y más sentido el cántico del ave.
La caricia del céfiro es tan blanda
como el beso de un niño, el soberano
disco del sol, al tramontar, se agranda
palideciendo, el cielo se colora,
medita el triste, el corazón cristiano
se reconcentra en el misterio, y ora.
¡Oh, inescrutable y doloroso arcano!
para hacer más sensible la partida,
irradia siempre en su postrer instante
con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura
de aquel ocaso, la pareja amante
por los jardines discurría, en donde
aglomeró la conyugal ternura
todas las dichas de la tierra.—El conde,
ya acostumbrado al ocio de la aldea,
casi tendido en la mullida alfombra

de césped floreciente, un libro hojea,
y á pocos pasos, á la fresca sombra
de un gigantesco alméz, nido de amores,
desde donde con grata melodía
de la postrera claridad del día
se despiden los pájaros cantores;
escuchando con vago arrobamiento
esas confusas voces interiores
con que nos adormece el sentimiento,
y junto al lago que ondulante brilla
del sol á las inciertas llamaradas,
su noble esposa está, con la sombrilla
trazando en las arenas de la orilla
signos, letras y cifras enlazadas.

Su airosísimo cuerpo la condesa
envuelve en blanco y vaporoso traje;
cubre su seno incitador, espesa
y nívea malla de preciado encaje
de donde arranca alabastrino cuello;
el aura leve de la tarde besa
una rosa prendida en su cabello
que cae en trenzas perfumado y blondo,

y en su mirada diáfana y serena
su corazón se ve, como en el fondo
del limpio lago la menuda arena.

¡Ay! ¿en qué piensa muda y distraída
mientras con mano indiferente, raya
la húmeda tierra? El sueño de su vida
se desliza tranquilo; pero ¿acaso
hasta la misma dicha no desmaya
en medio del placer? ¿Habrá quien pueda
afirmar que en el fondo de su vaso
ninguna gota envenenada queda?
Dios la colmó de santas alegrías,
y con florido vínculo eslabona
el casto amor sus apacibles días;
no envidia, no aborrece, no ambiciona,
y olvidada del mundo, como un preso,
en su albergue escondido y solitario
es su pura conciencia un santuario,
su hogar una ilusión, su vida un beso.
Mas ¡ay! que alguna vez, cual fugitiva
nube que ofusca al sol, su ánimo embarga
una opresión tan honda como activa,

y la invade en silencio el ansia amarga
de un deseo imposible.
De repente
suspende el conde su lectura, observa
la abstracción de su esposa, y diligente,
como quien anda á caza de un descuido,
llega á su lado.—La esponjosa hierba
de su ligero paso embota el ruido.—
—¿Qué tiene su mujer? ¿Qué pena grave
atribula su espíritu? Lo ignora.
¿No pudiera una cifra delatora
de aquel enigma descubrir la clave?—
Pero ¡oh sorpresa! acércase y advierte
en la arena sutil su nombre escrito,
y su temor en gozo se convierte,
mientras ella, arrancada de esta suerte
á sus vagos ensueños, lanza un grito.

—¿Sientes placer en asustarme?—Exclama
de su infundado miedo aún no repuesta
y con fingida cólera la dama.—
—¡Vaya un gusto!—Perdona si indiscreto

he querido—su esposo le contesta—
sorprender tu secreto.—¡Mi secreto!...
¿Le tengo acaso para ti?—Responde
la joven más calmada.—Mentiría
si dijese que no—replica el conde,—
—y llevo siempre la verdad por guía.
Como es tan suspicaz nada se esconde
á los cuidados del amor. ¡Ay Clara!
Tres años hace ya que al pié del ara
rendimos la cerviz al santo lazo,
y ha sido para mí tan corto el plazo
como si, todo entero, se encerrara
en el término breve de un abrazo.
¿Es, por ventura extraño, que en tu cara
descubra tus más íntimos antojos,
tu inquietud más secreta y contenida,
si las mejores horas de mi vida
paso, mi bien, mirándome en tus ojos?—
Clara escuchaba á su entrañable dueño
en deleitosa languidez sumida,
como se escuchan, al través del sueño,
en el hondo silencio de la noche

las notas de acordada serenata.
Luego, en son de tiernísimo reproche
él siguió con ardor:—¿Callas, ingrata?—

La condesa mostrábase indecisa;
pero venciendo su emoción primera
prorrumpió al fin en descompuesta risa,
acaso más nerviosa que sincera,
y exclamó como en burla:—¡Vaya un tono
sentimental y trágico! Le excuso
porque mi propio amor habla en tu abono.
¿Tienes celos quizás?—No sé—repuso
animándose el conde.—¿Por qué á veces,
cual si cediera el corazón sumiso
al ansia ineludible de un deseo
que no logras vencer, cuando pareces
más feliz y contenta, de improviso
la frente inclinas y en tus ojos veo
cuajada alguna lágrima indiscreta?
¿Por qné esa agitación latente y sorda,
cuyo origen no sé, que no respeta
ni la plácida paz de este retiro,
y que á menudo, á tu pesar, desborda,

arrancando á tus penas un suspiro,
como un sollozo, acusador?—El hecho
se niega á mi razón, y temo y dudo...
¡Ah, ya no puedo más! Rómpase el nudo
que ata mi lengua y me comprime el pecho.
¿Por qué callas, por qué?—

Casi ceñudo,
clavando su mirada escrutadora
en los ojos de Clara, que confusa
soportaba el agravio de la queja,
la respuesta esperó; pues ¿quién rehusa
fácil alivio al corazón que implora
cuando puede mandar? Quedó perpleja
breves instantes, ruboroso fuego
tiñó su faz, y palpitó en sus labios
tal vez su confesión, tal vez un ruego
que espiró sin nacer. Pero de sabios
es mudar de opinión. Dominó luego
el generoso impulso que sentía
y prorrumpió, mostrándose enojada:
—Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manía?
Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.—

En el fondo del pecho, en lo más vivo
del alma, donde el golpe que se asesta
siempre es mortal, el conde trastornado
sintió el acre dolor de la respuesta.
Como traspasa rayo fugitivo
el seno tenebroso de un nublado,
así la suspicacia, envuelta en ira,
iluminó su frente borrascosa,
y la frase brutal—¡eso es mentira!—
retorcióse en su boca temblorosa,
mas no brotó. Con ojos perspicaces
notó la incertidumbre de su esposa,
y exclamó reprimiéndose:—¡Mal haces,
mal haces en negar á quien te ruega,
lleno de amor, la excusa que le debes!—
¡Aún el recuerdo del pasado jueves
me persigue tenaz! La fértil vega
que esponjaban los céfiros de Mayo,
reverdecía con pujante brío,
y bendiciendo á Dios, como el que acaba
de salir de intensísimo desmayo,
la luz, el campo, la arboleda, el río,
la balsámica brisa, todo estaba

alegre, menos tú. Me propusiste,
tal vez para aliviar tu propio hastío,
una excursión á la vecina sierra.
Cedí: tu aspecto resignado y triste
vencióme y emprendimos la jornada
con la fuerza del sol. Tú, distraída,
extraña á los rumores de la tierra,
dejabas caminar, suelta la brida,
al dócil potro, mustia y fatigada:
y yo á tu lado, sin hablar contigo
marchaba absorto, á tu abstración creciente,
buscando sin cesar causa ó pretexto.
¡Sabe Dios, á quien tomo por testigo,
que no cruzó ni un punto por mi mente
nada contrario á ti!—Y al decir esto
miraba á su mujer severo y grave.
Escuchábale Clara con la frente
baja y el aire al parecer sereno,
si bien un soplo imperceptible y suave
levantaba el encaje de su seno.—
—Porque no es desamor ¿verdad, bien mío?
no es desamor la pena que te aflige.
Quizás cansada ya ve con desvío

en tan continua soledad,—me dije,—
nuestro largo y monótono reposo.—
Y con esta inquietud dentro del pecho
en silencio seguimos largo trecho,
desanimada tú, yo caviloso.—

Ya en terreno difícil y escabroso,
—el conde prosiguió,—donde el camino
por entre peñas y malezas sube,
en despoblado á sorprendernos vino
de las cimas bajando, oscura nube.
Aquel agrio lugar donde prospera
en libertad la enmarañada broza,
es tan salvaje y solo, que pudiera
servir quizás de ascético destierro
á algún humilde y santo cenobita.
No hallamos ni el refugio de una choza.
Unicamente sobre estéril cerro
divisamos, no lejos, una ermita.
Pero ¿cómo trepar á aquella altura?
Por fin tras mil esfuerzos y cuidados,
nos sacaron con bien de la aventura
nuestros ágiles potros, avezados

á caminar por trochas y montañas,
y llegamos al templo de María
cuando la nube, abriendo sus entrañas,
en lluvia torrencial se deshacía.

La Santa Virgen nos prestó su ayuda
y entrámos en la ermita—añadió el conde
más conmovido cada vez.—Tú, muda,
te prosternaste ante el altar de hinojos.—
¡Es menester que sin piedad ahonde
en los negros abismos de mi duda
aun cuando estalle el corazón! Los ojos
casi llenos de lágrimas pusiste
en la divina imagen, y á mi cído
llegó tu voz debilitada y triste,
como el eco lejano de un gemido.
¡Ay! más desalentado que ofendido,
me pregunté confuso:—¿Por qué trata
á quien tan solo para amarla existe,
con tan injusta prevención, la ingrata?
¿Quién causa su profundo desconsuelo
que por injuria á mi cariño tomo?—
Hirióme el alma punzador recelo,

y vacilé desconcertado, como
si sobre mí se desplomara el cielo.—

Era en el conde la emoción tan viva,
que su queja espiró como el murmullo
del céfiro en la selva, tenue y vago.
La ilustre dama le escuchaba altiva,
y en pertinaz batalla con su orgullo,
más fácil á la ofensa que al halago,
ni una palabra pronunció siquiera,
para calmar las dudas de su esposo,
que á un tiempo enternecido y receloso
trémulo prosiguió:—Cesó la lluvia,
y al través de la rústica vidriera,
cercó de pronto tu cabeza rubia
tibio rayo de sol, como si fuera
el nimbo de una Santa. ¡Oh, cuán hermosa,
ante aquel pobre altar arrodillada
te ví, clavando con filial ternura
en la reina del cielo tu mirada!
Sentí como una ráfaga piadosa
que disipaba mi mortal tristeza,
y una voz que bajando de la altura

parecía decir: —¡Quien así reza
es fiel esposa, es inocente, es pura!—

Clara no pudo más. Bajo el hechizo
de aquella blanda queja dolorida,
su tenaz resistencia se deshizo
cual témpano de hielo, que liquida
el sol primaveral.—Pues bien, confieso,
¿á qué ocultarlo?—suspiró llorosa,—
que un afán imposible, con su peso
mi paz conturba y sin cesar me oprime.—
—¡Oh!—clamó el conde impacientado:—¡dime,
dime, ángel mío, el ansia que te acosa!
¿Quién, como yo, calmártela podría?—
—De mi amor has dudado, y te castigo.
¡Hoy, no! Mañana al despuntar el día,
—respondió Clara—volverás conmigo
á la escondida ermita de la sierra,
donde los dos, con la rodilla en tierra,
elevando las almas á María
y teniendo su imagen por testigo,
haremos mutua confesión... ¡Ingrato!
Entonces, cuando sepas mi secreto,

lamentarás tu culpa y tu arrebato.
—¿Y mañana hablarás?—¡Te lo prometo!—
—¿No pudieras hoy mismo?...—¡Punto en boca!—
Exclamó la condesa jovialmente:
—y puesto que vengarme determino,
callar por hoy y obedecer te toca.—
Iba el conde á insistir; mas de repente,
suceso extraño á interrumpirle vino.

Por el sendero enarenado y raso
que en caprichosa ondulación se aleja
de aquel risueño edén hacia la entrada,
se iba acercando con ligero paso
un guarda, conduciendo de la oreja
á una niña nerviosa y asustada
como avecilla en manos infantiles.
No el leve peso de sus ocho abriles
rendía su vigor; pero agitada,
seguía la infeliz á la carrera,
dando al viento su crespa cabellera,
de su aprensor la marcha acelerada,
cual tamo que arrebata la corriente
vá envuelto en el turbión.—Pierde cuidado,—

iba diciendo el rústico impaciente,
—pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas
otra vez, destrozándome el vallado,
á robar flores y romper macetas.
¡No volverás á tus antiguas mañas!—
—¡Perdón!—gimió la niña en su extravío,
con el llanto cuajado en sus pestañas
como en la flor las gotas de rocío,
y con acento desmayado y triste,
semejante al balido de la oveja
que al sacrificio va.—¡Por fin caíste!—
dijo el guarda, cebándose en la oreja
más roja que el carmín.—Pero descuida
que llevarás el merecido pago.—

Por el rumor creciente sorprendida
salió de pronto la feliz pareja
de las frondosas márgenes del lago,
y marchando al encuentro del severo
y arriscado guardián:—¡Ola! ¡García!—
el conde preguntó:—¿Por qué tan fiero
contra esa pobre estás?—Perdone usía,—
contestóle, quitándose el sombrero

en actitud humilde.—Esa mozuela
se coló en el jardín, no sé por donde,
y ha causado más daños que una nube.—
—¡Bravo!—exclamó sin alterarse el conde:
—¿Y es eso lo que aprendes en la escuela?—
—A tiempo—siguió el viejo,—la detuve,
porque si tardo más, llevaba traza
de acabar con el huerto la chiquilla.—
Aproximóse el conde á la rapaza
y acariciando la infantil mejilla,
dijo con blando y apacible tono:
—¿Serás buena, es verdad?—Sí: seré buena—
la culpada exclamó de angustia llena.
—¡Pues anda!—contestóla.—Te perdono.—
—¡Ah, la perdona!—De paciencia falto
gruñó García.—Si el señor la trata
con tanto mimo, en su segundo asalto
deja la posesión sin una mata.
—No tendré compasión si otra vez peca
—dijo el conde riendo:—Pero ahora
¿qué podemos hacer de esa muñeca
más chica que el dedal de tu señora?—
—¡Qué!—respondióle el guarda en un arranque

de bárbara energía:—¡Casi nada!
Darle un buen remojón en el estanque.—
—¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada
la dama.—¡Si tal haces te despido!—
¡Maltratar á una pobre criatura!—

Prestando á todo perspicaz oído,
ya de la ansiada impunidad segura,
la niña estaba con los ojos bajos
y el picaresco rostro compungido.
Tosca saya de míseros andrajos
sus delicadas formas envolvía,
como el capullo á la naciente rosa,
y animaba su cara maliciosa,
tostada por el sol de Andalucía,
con inocente y vivo centelleo
su mirada lëal, que todavía
no inflamó el odio ni enturbió el deseo.
¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas
que piadosa le dió naturaleza,
parecía aquel ángel cautivado!
Más negro y más lustroso que las alas
del cuervo, relucía en su cabeza

el rebelde cabello enmarañado,
y en su labio entreabierto y encendido
bullían, retozones y traviesos,
prontos como los pájaros de un nido
á escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella,
y al través de la saya de mendiga
rasgada y sucia, la encontró tan bella
que exclamó sin pensar:—¡Dios te bendiga!—
Un sentimiento irresistible y tierno
gana su corazón, siente que el llanto
sube á sus ojos, como el fuego interno
al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto
resiste de aquel rostro peregrino?—
Cediendo á un movimiento repentino
corre á su lado, estática se queda
contemplando en silencio á la rapaza,
y una caricia compasiva enlaza
el vil harapo á la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía
dominada á su joven protectora,

y radió su semblante de alegría.
La condesa con voz halagadora
—¿cómo te llamas?—preguntó.—¡Maruja!—
contestó la chicuela dulcemente,
alzando el rostro interesante y bello.
—¡Si está más despeinada que una bruja!—
dijo Clara, atusándola el cabello
y apartando las greñas de su frente,
que apareció tan plácida y serena
como noche estival.—¡Es muy gallarda,—
siguió, buscando el parecer del conde,
testigo complaciente de la escena.
—Y luego, vuelta hacia Maruja—¿en dónde
vives?—la preguntó.—Cortando el guarda
la plática sabrosa, avanzó y dijo:
—¿En dónde ha de vivir esa bigarda?
Tal vez en el pajar de algún cortijo
ó en medio de una tropa de gitanos.—
Clara miróle desabrida y seca
y exclamó interrumpiéndole:—¿Qué es esto?
Todos, señor Andrés, somos hermanos.—
Quedó el guarda confuso y descompuesto,
y Marujilla con maligna mueca

prorrumpió restregándose las manos:
—¡Rabia, rabia, gruñón! ¡Um! ¡Te detesto!—

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto
tan petulante y vivo, su mirada
tan maliciosa, y su rencor tan justo,
que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto,
soltaron á la vez la carcajada.
—¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe!—
la señora exclamó, como enfadada.
—¡Un arrapiezo que á sus anchas cabe
debajo de una criba, tal descaro!...
Tus padres lo sabrán y ten por cierto
que no te irás sin la debida riña.—
¡Cá! No me reñirán—dijo la niña
con dolorosa ingenuidad. ¡Han muerto!...
—¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!...—
gritó Clara, y cogiéndola del brazo
movida á santa compasión, sentóla
con solícito afán en su regazo.
La picaruela envanecida y muda
se unió á la dama en apretado abrazo,
y en su memoria revivió, sin duda,

el amor del hogar, ese cariño
que es, de ternuras inefables lleno,
más que la leche del materno seno
fortificante y sano para el niño.

Extraña mezcla de placer y asombro
el semblante expresó de la inocente,
que con lánguida calma sobre el hombro
de la condesa reclinó la frente,
sin atreverse á respirar apénas,
por no turbar su interno regocijo,
hasta que Clara, al contemplarla, dijo
con blando acento:—Cuéntame tus penas.—

Y en esa charla interminable y rota
como niebla deshecha por el viento,
en que cada palabra es una nota
que llega al corazón, no al pensamiento;
charla con que la infancia nos domina
y muere con la edad cuando se clava
dentro del alma la primera espina;
dió principio la huérfana á su historia
como gorjea el ruiseñor su canto;

mas cuando los sucesos que evocaba
iban cobrando vida en su memoria,
pintábase en sus ojos el espanto.
Como entre sueños recordó el molino
en donde vió del sol la luz primera,
el cauce bullicioso y cristalino,
el huerto ameno y la feraz ribera
por donde alegre, entre el ramaje espeso,
suelta como una cabra triscadora,
buscaba la silvestre zarzamora
y el higo chumbo en sus espinas preso,
hasta que á punto de espirar el día,
cansada ya, bajo el amante beso
de su indulgente madre se dormía. —
Luego habló de la noche pavorosa,
de perpetua tristeza para España
en que la tierra, como mar furiosa,
hizo temblar el llano y la montaña.
—Para auyentar del enemigo impuro
las asechanzas pérfidas, rezando
Maruja estaba en su caliente lecho,
aquella noche memorable, cuando

sintió azorada vacilar el muro,
crugir las vigas, desplomarse el techo,
y á impulsos del tremendo cataclismo
su albergue paternal rodar deshecho,
como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó á la muerte en aquel día?
Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,
dando voces de horror, entre el destrozo
de su perdido hogar, que engrandecía
aquella soledad agreste y muda,
la pobre niña percibió un sollozo,
ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
de su mísera madre en la agonía!
Confusa, atribulada, sin aliento,
haciendo sin cesar esfuerzos vanos
para mover las vigas con sus hombros,
y ahondando con tal ansia en los escombros
que saltaba la sangre de sus manos,
—¡Madre, madre!—Gritaba respondiendo
á la estertórea voz desesperada
que en lenta gradación se iba perdiendo

en el silencio eterno de la nada.
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
como el de aquella débil criatura,
por la fiera catástrofe entregada
de la lóbrega noche á la pavura,
que con ávido afán é inútil brío,
arañaba la tierra estremecida,
temblando de terror, yerta de frío
y en la implacable soledad perdida?
¿En dónde mayor lástima?—A medida
que avanzaba el relato, la condesa
iba sintiendo el alma enternecida
de mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
de súbito estalló, como la roca
que al romper un volcán, salta en pedazos,
y con los arrebatos de una loca
al escuchar tan trágicos sucesos,
estrechó á la infeliz entre sus brazos
cubriéndola de lágrimas y besos.
No menos conmovido, ante una escena
á un tiempo tan patética y sencilla,

lloraba el conde, ahogándose de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
refunfuñaba:—¡Diablo de chiquilla!—
Limpiando con el dorso de la mano
el llanto que surcando su mejilla
iba á emboscarse en su bigote cano.

De pronto alzó la compasiva dama,
turbando aquel silencio doloroso,
su faz iluminada por la llama
de santa inspiración, miró á su esposo
al través de las lágrimas, y luego
con acento insinuante y persuasivo,
—¿Quiéres saber—le preguntó—el motivo
de mi amargo y tenaz desasosiego?
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
con entrañable y fervoroso ruego
á la madre de Dios idolatrada?
Pues como el más preciado de los bienes
le demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga.—Dijo
empujando á la niña.—¡Aquí le tienes!—

Convulso el conde, y con febril anhelo
besándola, exclamó:—¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo.—

¡Oh, momento solemne! La campana
de la ruinosa torre de la aldea
llamaba á la oración; la noche oscura
avanzando imponente y soberana,
su negra y estrellada colgadura
por el inmenso espacio descogía;
y entre el rumor de la arboleda umbría,
en medio de su calma solitaria,
subiendo al cielo en los alados sones
del bronce de la iglesia, y confundidos
en la piadosa y mística plegaria
que alza la tierra al extinguirse el día,
como notas de un arpa los latidos
de aquellos generosos corazones
vibraban repitiendo:—¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!—

FIN.